

IMRE KERTÉSZ

EL ESPECTADOR

APUNTES
(1991-2001)

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A néző*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Imre Kertész
Publicado con permiso de Rowohlt Verlag GmbH,
Hamburgo, Alemania
© de la traducción, 2021 by Adan Kovacsics
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

La publicación de esta obra ha sido llevada a cabo con
la cooperación del Petöfi Literary Fund (www.plf.hu)
con la finalidad de promocionar la literatura húngara



ISBN: 978-84-18370-14-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 445-2021

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

2 de octubre de 1991 Crónica como forma de autoanálisis. Escribirlo todo tal como viene. *Diario de la galera* terminado y entregado. Treinta años de mi vida envueltos en papel para reciclar. Cierta fama. Ridículo. Anteayer en la televisión. Anoche grabación para la radio. Digo lo mismo en todas partes, en todas las ocasiones, a todo el mundo.

La increíble concentración que caracteriza cada uno de los pasajes de las sonatas de Beethoven... Mi memoria de antaño, la memoria como moral; las muchas relaciones minan mi moral. Distráido, olvido algunos nombres, abandono a personas (no les doy nada de mí mismo, no les doy vida). Me convierto en empresa.

Muerte en Venecia de Britten en la televisión alemana. El tenor protagonista: perfecto, romántico, preñado de muerte, dolorosamente solitario, moderno. Por la noche, ojeada al relato. Increíblemente emocionante. Lectura de *Observaciones de un apolítico*... ¿Vuelve a inspirarme Thomas Mann? La introducción es un plagio de Nietzsche, siguiendo los grandes prólogos de 1886... Resulta casi cómica. He terminado mi conferencia¹ sobre la cultura del asesinato en masa... Un trabajo hecho a destajo en medio de una presión agobiante. A posteriori, sin embargo, veo en él huellas de algunos elementos extraordinarios.

Mientras conversábamos A.² y yo, le mencioné que X. sufre una psicosis maniáco-depresiva. Dijo ella que también la padeció, durante décadas. «La vencí—dijo—por-

que me conformé con mi destino». Y ese destino soy yo, pensé. ¿Me atreví alguna vez a imaginar su vida? Soy demasiado cobarde para eso. Superaría mis fuerzas en cierto sentido: o me vendría abajo o tendría que volverme cínico. Mis pecados son irredimibles. Si vivimos suficiente tiempo, nos tornamos inútiles para la redención; si superamos incluso esa edad, de repente la encontramos... o nos encuentra ella a nosotros. Anhele dolorosamente alguna aventura narrativa; me siento lleno de dolor, me siento lleno de vida.

La variedad de las dimensiones. Cuando una mujer con la que mantienes una relación ligera, informal, te propone muy a la ligera y de manera muy informal que le tengas un poco de celos, ¿cómo puedes explicarle que has dedicado tu vida a aclarar ciertos conceptos dentro de ti, a vivir de un modo determinado y a librarte por completo de determinados sentimientos, en particular, por ejemplo, de los celos...?

El continuo apremio por rendir cuentas, como si tuviera remordimientos; a todo esto no se sabe de qué habría que rendir cuentas. De mí mismo como objeto, como materia documental sobre todo. Un llamado «congreso» sobre la «convivencia judeo-húngara». Una mañana agobiante en la que tuve que leer en voz alta mi redacción de siete páginas escrita para la ocasión. El hecho de que Auschwitz sólo pueda pensarse con la ayuda de la imaginación estética no suscitó ninguna inquietud ni ningún asombro entre los oyentes. A la consideración de que Auschwitz supone un trauma para el espíritu europeo *comme il faut* y que el mito, concretamente el mito europeo, ha quedado en entredicho por causa del antisemitismo, alguien inter-

vino de una manera un tanto precipitada afirmando que eso es optimista por mi parte, puesto que en Europa también existe el antisemitismo. Para dar una mejor idea de las dimensiones de la cosa: M. K. (una mujer), en respuesta a mi frase (parafraseando a Adorno) de que después de Auschwitz sólo es posible escribir poemas sobre Auschwitz, me pregunta si está permitido, ¿no es cierto?, escribir también poemas sobre el amor, y añadió que ella, antes de venir al congreso, escuchó por la mañana, en casa, algo de Mozart. Así es. La estupidez del mundo que me rodea como un edredón asfixiante, como un edredón embutido en una funda grande a cuadros blancos y azules y adecuado para un catre de hierro en la cocina (con el que en mi infancia se arrebujaban las criadas), me tapa la cara, los ojos, la boca y me asfixia. La idea de una actividad creativa es como jadear en busca de aire; escribir como quien nada hacia la orilla después de un naufragio. (Probablemente no la alcanzará, pero al menos nada).

Ayer con K.,³ su amabilidad, su vulnerabilidad, su carácter adolescente; almorzamos juntos, fue como una tarde de mi juventud de hace muchísimo tiempo, depositada en el sedimento de los recuerdos. Paseo por la fría ribera del Danubio, el inminente crepúsculo inundaba con el color amargo de una manzana verde los grandilocuentes palacios del lado de Pest. Su visión de mi futuro, de que sería famoso, de que pasaría a «otra esfera sociográfica», de que ganaría «cinco veces más» de lo que gano hoy, etcétera. A él le resultan muy importantes (algo que a mí me deja del todo frío) las exterioridades que conlleva lo que llama un «oficio de escritor próspero». Y todo ello se le presenta como un problema; a raíz de mi situación piensa en sus propias

posibilidades. En el fondo, y no lo pierdo de vista en ningún momento, K. es un regalo para mí. Una amistad cuyas diversas caras son de lo más atractivas: veinte años de diferencia de edad, la presencia del talento, el aspecto sentimental del hecho de recordarme continuamente a mí mismo; cierto aire bohemio que siempre me ha gustado, pero sin sombras molestas, sin el peso de la subsistencia y de los problemas, como si fuese una cata de una vida virtual de artista. No cabe la menor duda, sin embargo, de que se están produciendo cambios dentro de mí; dejar que estos cambios se produzcan y que afloren sus características, aunque también impliquen la inminente vejez y la locuacidad que conlleva.

Siempre he tendido, como ahora, a sentirme un cualquiera que en cierto sentido no ha escatimado el esfuerzo, sobre todo en lo que respecta a la verdad: es todo lo que estoy dispuesto a creer sobre mí mismo, y no sólo para no perder mi humildad. Otra cosa muy distinta es mi soberbia profesional... Sin embargo, mi sentimiento básico es el de asombro cuando me ven tal como soy probablemente, aunque no desde mi propio punto de vista. Como aventura vital es, no obstante, suficiente; nunca, ni por un instante, me he aburrido; y mientras mi mente se mantenga intacta, tampoco lo haré en el futuro.

La vestimenta intelectual que llevo puesta es solamente el producto de mi incomparable capacidad de imitar (y de mi disposición a ello). Habría que añadir que otros ni siquiera poseen este talento imitatorio y, sobre todo, carecen de la necesaria seguridad a la hora de elegir a quién y qué imitar. En segundo lugar, existe una originalidad primigenia, pero no para mí; para mí, la verdadera originalidad no reside en la creación de formas, sino a lo sumo en la originalidad de la voz, de la risa.

Con *La bandera inglesa* los he ofendido profundamente: en concreto, por el hecho de haber pasado en silencio los treinta y cinco años transcurridos entre 1956 y el presente; para ellos, esos treinta y cinco años son su vida; sin embargo, desde el punto de vista de la historia y de la psicología nacional, esos treinta y cinco años han sido en realidad años de silencio, de ocupación, de asfixia, de anticreatividad, de estado de inconsciencia después de que una nación fuera apaleada y quedara medio muerta. Algún día alguien lo reconocerá... Escribo todo esto como si (en el fondo) me importara.

Al salir del acto organizado por la embajada austríaca que se celebró en el restaurante Gundel me quedé perplejo al ver la recién reformada pastelería de enfrente. Una obra del modernismo, con su puentecillo, sus lámparas, su terraza, sus sillas blancas, la paz de antaño... Y se apoderó de mí una sensación de mareo, de nostalgia empañada en lágrimas de la muerte. Sin duda, en ese lugar volverá a empezar la vida que para mí acabó en 1948. Miré alrededor como un mendigo ante las puertas de un palacio. A mí me quitaron todo; en parte lo hizo el mecanismo infernal, el tiempo con su tictac imparable y natural, pero en parte también la desgracia del *genius loci* con el que resulta difícil, mucho más difícil conformarse. No se puede vivir la libertad donde hemos vivido como esclavos. Debería irme a algún sitio, muy lejos. No lo haré. Entonces debería volver a nacer, metamorfosearme... ¿en quién, en qué?

Morir a tiempo, pero vivir hasta las últimas consecuencias: así suena el rezo.

Sé digno de ti mismo.

El país vive actualmente la experiencia generalizada de verse marginado del futuro. ¿A quién pertenece el futuro?

Muy pocos están seguros de que a ellos. Ya empieza a sentirse la nostalgia por un pasado indefinible; los hombres, como si acabaran de salir de un bosque oscuro donde, sin embargo, se sentían en casa aunque fuese un hogar provisional y donde aprendieron a manejarse con la angustia y a alimentarse de raíces y de bayas, cobran conciencia de haber dejado atrás esa sombría pero entrañable aventura, pues de repente han llegado a un amplio claro y no sólo desconocen el camino, sino que allá dentro, en la espesura, han olvidado incluso lo que es el tiempo: brilla otro sol, soplan otros vientos, entran en un mundo desconocido. En ese punto de inflexión psicológico tratan de salir adelante como pueden o se vuelven hacia la oscuridad, hacia la espesura. Yo veo regresar la Budapest de mi infancia. La ciudad, a pesar de sus espantos, empieza a ser interesante. Y me embarga la sensación de haber llegado tarde, de pena por el tiempo desperdiciado.

La línea incierta de la crónica, la franja temporal. «¿Cuándo vivimos el presente?». La importancia de los hechos también es mera apariencia; es decir, sólo más tarde, después de décadas muchas veces, se descubre qué pertenece a ese particular material de construcción con el que se construye nuestra alma. Una de estas noches, cena con alemanes. El hombre de negocios alemán que en cuestión de segundos establece relaciones económicas que abarcan todo el mundo casi se paraliza cuando se alude a la cultura de su país. No conoce a Thomas Mann; no conoce a Nietzsche. No conoce ni siquiera de nombre a los escritores contemporáneos alemanes más señeros. Considera importante la visión global sociológico-económica y no le molesta que la filosofía se vaya al garete. Ay, dónde están los patricios de

añaño, aquella gran burguesía que cultivaba como un deber la relación con el intelecto. El fin del mundo como incultura absoluta. La relación con el mundo: explotar, disfrutar y asesinar o, lo contrario, ser marginado, consumido y asesinado. El mundo como objeto del fervor; esa postura emocional o, más bien, cultural se perdió hace tiempo.

El importante y buen consejo de Sándor Márai:⁴ entra todos los días en contacto con la grandeza, que no pase un día sin que hayas leído unas líneas de Tolstói, o hayas escuchado una de las grandes piezas musicales, o hayas visto un cuadro o al menos su reproducción. No olvides el sueño que ha renacido. Una misteriosa y profunda corriente del Golfo dirige mi vida; sólo soy, sólo existo en el sentido profundo y feliz de la palabra cuando percibo su flujo.

Anoche pasé largo rato tratando una y otra vez de imaginar mi inexistencia. La nada subjetiva. Casi llegué a sentir cómo me escurría de mi cuerpo, pero luego nada... En cuanto abandono la envoltura, todo se acaba. Estoy atado a vida o muerte a mi cuerpo, y este lugar común resulta casi increíble. Si la imaginación, la capacidad imaginativa implica un contenido y una duración trascendentales, anteriores a nuestro tiempo subjetivo, ¿por qué no es también ella trascendental, por qué se extingue en el momento de nuestra desaparición física? Si no «recordamos» el estadio posterior al deceso, entonces tal estadio no existe, ni siquiera en su forma más espiritual. Sí «recordamos», en cambio, el pasado de la «humanidad»; es más, incluso lo vivimos. ¿Quiénes somos? ¿Qué es el individuo? Si las culturas antiguas lo sabían mejor que nosotros, ¿de qué ma-

nera hemos de valorar el camino de la «humanidad» hacia la llamada ilustración, la autodivinización y la consiguiente civilización tecnológica? ¿Como proceso de estupidización? ¿Como suicidio? ¿Como desviación del camino verdadero? Pero ¿cuál es el camino verdadero? Vivimos en el pecado y en la ignorancia. El pecado y la ignorancia son nuestra ley. Es posible que el pecado y la ignorancia sean la vida misma. De ser así, sin embargo, ¿cómo surge en mí este saber y por qué he de vivir en esta esquizofrenia? ¿Quién me pone a prueba? ¿Quién quiere esta experiencia ambigua y por qué? ¿Para obligarme *a mí* a comprender o para que *él* sepa algo?

Wittgenstein, el filósofo, es en muchos aspectos peligrosamente infantil. Mientras lo traduzco veo aflorar su complejo de judío, su complejo de artista. Wittgenstein apenas se perdona el no ser un artista. Define como «judíos» la cobardía, la falta de talento (!), todo lo negativo que encuentra en sí mismo, sea cierto o no. Por eso cubre de reproches a todos los artistas judíos (Mahler). Considera a Mendelssohn el menos trágico de los compositores y enseguida define la ausencia de tragedia como una característica judía. Pero ¿por qué iba a ser Mendelssohn el típico judío? ¿Sólo porque casualmente era judío? Kafka tal vez sea lo bastante trágico, como Mahler y Proust, aunque ellos también son judíos. ¡Las ideas que puede provocar un complejo hasta en los cerebros más lúcidos! (¿No es trágica la exposición de la Creación/Génesis, esa obertura universal típicamente judía?).

¿En cuántos mundos existimos? 1. Nuestro cuerpo. 2. Nuestros instintos. 3. El lenguaje como modo y forma que «hu-

maniza» para el hombre la existencia, la hace posible. 4. El subconsciente colectivo. 5. La especie, etcétera. ¿Y cuántos mundos existen? Todo es meramente ficción, todo.

Según Wittgenstein, el carácter de la civilización resulta diáfano (si no lo ha sido hasta ahora): en vez de la cultura capaz de unificar las fuerzas, el totalitarismo organizado que impulsa a todos a un trabajo de esclavos.

Sería una lástima pensar que mi vida es mía; por eso hay que tratar con cautela las palabras con carga subjetiva, los pre-amores, los pre-odios, los pre-juicios en general... Sé manejar mi vida, sé sufrir por ella, a veces me lleva incluso a sentir—o, mejor dicho, a experimentar—la felicidad, sé que me mantiene (aunque en este caso sea una cuestión de reciprocidad), pero sé también que no soy *idéntico*.

Sueño de madrugada, hablo por teléfono con mi madre. Mi madre con voz senil; se alegra; a mí me sofoca el llanto; los reproches de mi madre; yo, dócil, confundido, trato de justificarme entrecortadamente; despertar, conciencia de la muerte, de que puedo perder a quienes quiero; deseo de llorar, deseo de morir. Los remordimientos que nunca, nunca cesan; hay que morir joven.

Wittgenstein, un místico como Kafka. Pero ¿qué significa ser místico? No tener un hogar en el mundo. Es el caso de los místicos modernos, los que vienen después de los místicos embebidos de mundo, fervorosos, pertenecientes a

una determinada cultura (por ejemplo, la de la Edad Media tardía). Aun así, en estos místicos sin hogar también se perciben las huellas de aquel fervor englobador, aunque sólo sea en forma de deseo. A menudo en forma de deseo de muerte.

No escribo, luego no soy. La democracia intensifica el deseo de muerte. La muerte parece ser la única esperanza de las masas y es en todo caso su único consuelo. En la época de las culturas dominaban las fuerzas creativas que cultivan básicamente la vida; el romanticismo de la muerte apareció en la época del hundimiento de la cultura, en la época de la aparición de los movimientos de masas llamados revoluciones. Con la desaparición de la cultura se descubrió también que el nuevo espíritu dominante no sabe qué hacer con la muerte, no es capaz de insertar ni el hecho en sí ni la manera de tratarlo en las ideologías que sustituyen a la cultura.

Si quisiera definir desde fuera «por qué escribo» (definición, por cierto, que no tiene mucho sentido), diría lo siguiente: para salvar y rescatar nuestras almas de la fatalidad espiritual que crean la política, la economía y la ideología que las sostiene, para encontrar ni que sea por un momento el camino a casa desde la inhumanidad, desde el extranjero, desde el destierro; a casa: es decir, a nuestra propia vida y a nuestra propia muerte.

Porque si nos perdemos en las actividades políticas disfrazadas de interés público, viviremos una vida de hormigas, no la propia, no una vida humana. Eso es todo. Y si sólo puedo referirme a ello en la tonalidad del pesimismo y a veces incluso de la destrucción, es porque está marcado

por el sello de la época; es decir, se refleja allí el espíritu de nuestro tiempo, y no *mi* «pesimismo» o *mi* destrucción.

Hegel y todas las demás concepciones totales de la historia son terroríficas porque no tienen en cuenta la esencia mortal del individuo. La tarea del ser humano, del simple mortal no consiste en construir estructuras inmortales o incluso racionales con la diligencia anónima de los esclavos que levantaban pirámides apretando los dientes, sino en entender la propia mortalidad y en salvar el alma. La redención del hombre y su éxito en un sentido elevado se hallan fuera de la existencia histórica. En la época de la presencia amarga de la historia total que despoja de toda esperanza, este saber es la única salvación, el único *bien*.

La prodigiosa creatividad del hombre que en la época de la inhumanidad romana, apisonadora de todo lo humano, en la época de una totalidad que aplastaba al individuo, creó una individualidad inmortal y prodigiosa—Cristo—y un símbolo religioso a partir de un castigo terrible, la cruz. En el fondo, habría que ver en esto el fracaso de todos los tipos de poder maligno. (La otra gran creatividad: el Sócrates de Platón. Qué tiempos fructíferos debieron de ser aquellos en que nacieron personajes como Mahoma, Buda, etcétera). ¿A qué se puede atribuir todo eso, por qué transformaciones pasa el ser humano?

Me rodea el desierto de la muerte. Me rodea la locura. Me rodea la anticreatividad, la autodestrucción, la atmósfera propia del asesinato. K.: ya no existe eso que se llama literatura o «bellas letras»; ahora hay que politizar, hay que opinar. *No comment*, como suele decirse. Es que, además,

yo no tengo opinión. La diferencia entre las dos culturas nunca ha sido tan diáfana como ahora: en la parte oriental del mundo, la que empieza a este lado del río Leita, la existencia humana, el individuo, y por tanto el intelecto, no desempeñan ningún papel ni poseen valor alguno; aquí sólo cuenta el *poder*; el estilo es el aplastamiento; el objetivo es la muerte, la destrucción, que acaba siendo siempre y en todo caso el resultado. Y eso que en su día todo comenzó en Oriente. La primera gran obra de la búsqueda de la verdad, *Edipo rey*, como camino a la pasión por la verdad, camino a la pasión que triunfa sobre el interés propio: era el anuncio de un mundo nuevo, la creativa entrada en escena de una fe que rigió el drama durante dos milenios. Ahora, por lo visto, ha terminado; ahora, por lo visto, todo ha terminado.

A tantas conversaciones, tantas depresiones; se instalan sobre el país como una pesada nube; nadie cree en nada, de manera que no existe la fe; todo el mundo cuenta con que ocurrirá algo terrible, de manera que todo el mundo obra algo terrible, cuando menos el hecho de contar con que ocurra algo terrible. Mucho me temo que ocurrirá.

El evangelio según san Mateo de Pasolini. Mientras se proyectaba la película, A. me preguntó si esos «milagros» eran obra de unos faquires, etcétera. No, le respondí, simplemente sucedieron. ¿Lo del vino en las bodas, lo del leproso, etcétera? Pues sí, sucedieron, respondí, y también lo de caminar sobre las aguas. ¿Por qué hay que creer las leyes de la física, que se tienen por absolutas (que *nosotros* tenemos por absolutas)? Esas historias ocurrieron sin la menor duda. El Jesús del que hablan Renan y la historia tal vez no existió. Pero el que convirtió el agua en vino en las bodas de Caná existió con toda seguridad.

No comprender el mundo por el mero hecho de que resulte incomprendible: eso es diletantismo. Lo cierto es que no comprendemos el mundo porque no es ésa nuestra tarea en la Tierra.

Cristo me ha visitado en varias ocasiones. Dos veces en sueños (primero como Redentor; luego de una forma siniestra, aunque en este caso no estoy del todo seguro de su identidad), una vez a través de la película de Pasolini y ahora a través del texto de Wittgenstein que me obliga a detenerme y escribir estas líneas en Viena.⁵ Todo esto me ocurre a una edad ya madura. ¿Podría decir, utilizando el lenguaje de Jung, que Cristo es un arquetipo? No me resulta satisfactorio, por mucho esfuerzo que pusiera la humanidad en crear a este héroe ético. Yo intuyo aquí una realidad sumamente importante que no es histórica, que no es explicable y que, de hecho, ni siquiera es realidad. Cristo existe, pero no en este mundo. En determinados momentos, todos decimos de nosotros mismos: Cristo está dentro de mí. O incluso: yo soy Cristo.

En cierto sentido sumamente práctico soy judío a pesar de todo: la reciente evolución política y el antisemitismo oficial que se está gestando me han hecho cobrar conciencia de que mis antepasados (a quienes jamás conocí y de los que no sé quiénes eran) llegaron aquí procedentes del extranjero y se convirtieron en ciudadanos de este país, por así decirlo, para que luego yo tenga que vivir aquí de nuevo como extranjero o marcharme de aquí como un extranjero.